

A las nueve y media la Emperatriz dió la señal de que empezaran los fuegos, despidiendo desde el balcón principal de Palacio un cohete corredizo hasta el centro de uno de los aparatos pirotécnicos, lo cual tuvo mucha gracia, en opinión de los que describieron en los periódicos las fiestas imperiales. Como la pólvora se mojó con la tormenta, el castillo de Miramar, el «Novara» y todo lo demás que iba á representarse en los fuegos quedó muy deslucido, por lo que el público dió una buena silvada al cohetero, pero lanzó ¡vivas! á los monarcas.

Y es fama que después de haberse despedido las elegantes damas y los aristocráticos caballeros que en adelante iban á ser los principales sostenes del Imperio y cuando la Emperatriz fué conducida por el Emperador de la mano á sus habitaciones, aquella parodiando la frase que se atribuye á Luis XIV de Francia, murmuró al oído del Emperador:

—Ya se realizaron mis ensueños, ya somos soberanos en esta lejana tierra habitada por gentes sencillas, ya tenemos las coronas de un imperio sobre nuestras cabezas, ahora *después de nosotros el diluvio*.

CAPITULO XVI

LOS CONTERTULIANOS.

Los contertulianos que se reunían en la casa del coronel D. Tirso Cisneros habían dejado de verse mientras duraron las ruidosas fiestas imperiales, no limitadas al primer día, puesto que en los siguientes continuaron gastándose los pocos fondos públicos que quedaban, en saraos, banquetes, excursiones y todo cuanto más podía ser agradable á SS. MM. promovido por los que constituyeron el nuevo partido monárquico, mezclándose á los festejos profanos también los religiosos, pues nunca hubo como entonces tan continuadas funciones de Iglesia á las cuales se hacía ir *velis nolis* á los soberanos. Ya se había establecido un poco la calma, ya Maximiliano empezaba á ver algo más claro á través de las nubes de incienso quemado por la no menos grande nube de aduladores, en que consistía el pobre legado que le había abandonado la Regencia é inmediatamente la Lugartenencia, cuando en una noche de Julio cayeron, por mera casualidad, en un miércoles, á la casa

de Tacuba, todos los que allí tomaban el thé, para platicar de las cosas públicas desde que fué anunciada la intervención de las potencias. En esta noche bastó que poco antes de las siete el periodista Perez pasara por la botica y preguntara á Torres si no iba á la casa del coronel, para que todos los contertulianos fueran allí como llamados por campanilla.

Cisneros estaba muy contento porque el general Salas lo había reconocido el día de la llegada del Emperador, y le había dicho viéndole vestido con su antiguo uniforme:

—Sígame Ud. para presentarlo á SS. MM.

Y en efecto, agregado á la comitiva, había ido á Palacio, había conocido á los soberanos, les había dirigido un saludo coqueto y ellos le habían recibido con benevolencia. Así es que lo primero que hizo luego que vió reunidos á sus antiguos amigos fué contarles aquella tierna escena.

—Y Tirso tiene que ser llamado en uno de estos días á Palacio, agregó D^a Asunción, porque agradó mucho á SS. MM. su aire serio y resuelto, según me ha contado Genaro.

—Quién es Genaro? preguntó Perez.

—No conocen Uds. á Genaro Lacroix? Es chambelán de la Emperatriz.

—Frances?

—Es hijo de frances y de mexicana. Creo que la Señora su madre es dama de la corte.

—¡Cuántas gentes nuevas han subido en el último remolino!

—¿Y Uds. estuvieron en las ceremonias? preguntó Doña Asunción.

—Yo nada más ví lo que pasó por la Botica, dijo Torres.

—En cambio yo me metí á todas partes, dijo el periodista, naturalmente sin invitación, porque solo se dieron billetes á los pollos gordos, de manera que ví todo lo que hubo en Palacio, en Catedral, en la Profesa y hasta en el baile del Ayuntamiento, co-deándome con los Saenz, con los Escandón y con los marqueses de Vivanco.

—Que precioso estuvo todo, ¿verdad?

—Sí, hasta el general Mejía se veía bonito con su manto blanco.

—A mí lo que me gustó, dijo Doña Zenona, fué el vítor de las señoras la noche del día 15.

—Como estuvo? preguntó Doña Lucía la mujer de Camacho, que no vió nada esa noche porque estaba indispuesta.

—Pues las damas principales iban formadas en dos hileras llevando sus respectivas músicas, y los caballeros empuñaban con la mano derecha una vela de cera encendida y con la izquierda una bandera tricolor.

—Por lo de las velas de cera parecería entierro.

—Nada de eso, porque llevaban por delante en bonitos cuadros los retratos de las augustas personas.

El tono con que dijo esto Doña Asunción hizo sonreirse y cambiar una mirada al Dr. Gutierrez con el Lic. Camacho.

—Y que tenemos de política? preguntó á este último el primero, para dar otro sesgo menos ridículo á la conversación.

—Hasta ahora no ha habido otra publicación oficial notable que el manifiesto de la Regencia.

—Ah! dijo el Dr. y que buenos levantones de cola les da Almonte á Napoleon y á sus generales, sobre que á todos ellos según el documento, les debemos, y les vamos á seguir debiendo los mexicanos, nuestra ventura y nuestra grandeza. ¿Que sería de nosotros ahora, dice Almonte, si no nos ha tendido el gobierno frances su mano generosa?

—Y es la verdad, se apresuró á afirmar Doña Asunción sin comprender la ironía, triunfantes los franceses de todo el bandidaje, ya pudieron venir nuestros soberanos y ya hemos podido disfrutar en la capital de tanto regocijo.

—Eso de que se hallen triunfantes, todavía está en problema, interrumpió Perez el periodista, pues según las hojas republicanas Juárez anda también con su gobierno por los Estados y no se ha rendido ni piensa rendirse.

—Pero Ud. hombre, que opinión tiene por fin? le preguntó la coronela, ¿de quienes es Ud. periodista? Unos días lo veo como del imperio otros como de los liberales. ¿Por quién se ha decidido?

—Por ninguno, Señora. Yo soy un pobre diablo sin significación, á quien alquilan las editores para llenar cuartillas á tanto más cuanto. Generalmente escribo crónicas de teatros, artículos literarios y gacetas; y según que estoy en la *Sociedad*, en el *Pájaro Verde* ó en el *Siglo XIX*, así me medio inclino por unos ó por otros. Lo que si puedo asegurar es que nunca estaré porque nos pongan el pié en el pescuezo los extranjeros.

—Los soldados y demás extranjeros que han venido á México no nos ponen el pié en el pescuezo á nosotros, sino á los juaristas.

—A todos, señora, á todos los mexicanos nos lo ponen sin distinción. Por la parte de arriba ya Gutierrez Estrada, Almonte y el mismo Miramón están de capa caída. Por la parte de abajo, los coroneles, capitanes y aun los prefectos políticos son tratados con la punta de la bota por Dupin por Douay, por Neigre y hasta por los sargentos de los zuevos. Yo que oigo hablar á mis compañeros de redacción en el *Pájaro Verde*, sé que no están contentos los conservadores *pour sang* de la situación, pues aseguran que ni el mismo clero es bastante respetado en la corte, por los extranjeros.

—Lo que si puede decirse es, que lo que es el general Almonte no sale del Palacio.

—¿Entonces no saben Uds. que de Lugar Teniente, esto es, de la segunda persona, bajó hasta Mariscal de Palacio, una especie de caballerango ó albeitar de campanillas? . . .

—Yo lo que sé, dijo el Lic. es que Almonte y el Emperador tuvieron un serio disgusto por lo de Sonora.

—Que negocio es ese de Sonora? preguntó el Dr

—Pues uno muy puerco, contestó el abogado. Los de la Regencia encabezados por Almonte tuvieron la debilidad, mejor dicho, cometieron la indelicadeza, mediante algunas recompensas, de firmar un tratado cediendo toda la Sonora al gobierno frances y Maximiliano les dió la dura lección de poner como una de las principales condiciones para aceptar la

corona, que dicho tratado fuera abolido. Por eso hizo poner las orejas coloradas á los de la comisi3n mexicana cuando en su discurso de aceptaci3n les dijo que mientras 3l gobernara no perdería México ni una línea del territorio, teniendo presente la bribonada de la Regencia y teniendo presente que los conservadores han sido afectos á desmembrarlo como lo hicieron al ceder á los yankees la mitad de la República.

Todo esto, porque se ignoraba ó porque no hubiera merecido antes atenci3n de los circunstantes, los impresion3ó tan profundamente como si hubieran recibido un ba3o de agua fría. Por fortuna los ayud3 á salir de esta situaci3n embarazosa la llegada del chambelan Genaro Lacroix, amigo de la casa desde hacía unas dos semanas: lo había presentado un coronel del ej3rcito que tenía algunos negocios con Cisneros, y había solicitado tal favor atraído por la belleza de Aurora.

Todos los hombres se levantaron y á todos les fué tendiendo la mano á medida que los fué nombrando Doña Asunci3n, desplegando gran desembarazo en sus maneras, algo por el trato de la corte y más todavía por su posici3n y sus entorchados que le ayudaban á darse humos de superioridad. Después que hubo saludado también á las damas, tom3 asiento cerca de Aurora y en el acto se ocup3 en flecharla, dirigiéndole miradas tiernas.

—Hay moros en la costa, dijo el periodista por lo bajo á Beatríz.

—Sí, contest3 ella, pero Aurora lo encuentra chocante.

—Quién sabe como le irá á nuestro amigo Ernesto si no se apresura á dar se3ales de vida.

—Ya escribi3 diciendo que había llegado sano y salvo.

—¿Qué novedades hay por Palacio? pregunt3 Doña Asunci3n al chambelan.

—Mucha alegría reina en la corte ahora, contest3 3l negligentemente, nadie piensa más que en divertirse.

—¿Pero cómo puede haber en Palacio esa revoltura de hombres y mujeres, todos extraños? pregunt3 sin poder contenerse la boticaria.

—Estamos separados en nuestros respectivos departamentos y nos encontramos raras veces en pasillos y corredores.

—Y como todos hablan disimtas lenguas, agreg3 el Licenciado.

—Casi toda la corte comprende el español; pero se habla también aleman, frances italiano y hasta portugués.

—Torre de Babel completa, exclam3 el Dr.

—Yo preguntaba respecto de novedades políticas.

—Muy poco se habla de política en Palacio. La guerra la siguen los franceses como una diversión, logrando hacer pedazos á los juaristas donde quiera que se presentan. Todos los días llegan noticias oficiales dando cuenta con las victorias. Como hay orden de que no se hagan prisioneros, mueren los guerrilleros mexicanos como godornices. Entre todos, el coronel Dupin es el que se se3ala por las carnicerías que hace. Ningún día se conforma con menos de una docena.

—Estará acabando con las poblaciones.

—Sí, se ha propuesto despoblar la frontera del Norte: lo que no saquea lo quema y á los hombres que no mata los espanta, y los hace irse á esconder entre los montes. Es un bárbaro ese Dupin, agregó riendo el chambelán.

El periodista y el abogado hicieron un gesto de repugnancia que secundó Aurora con otro más expresivo; pero en cambio el coronel y la coronela dieron señales de aprobación.

—Y quién triunfa en el ánimo del Emperador por fin, ¿la influencia del partido conservador ó la de Bazaine?

—S. M. tiene que obrar de acuerdo en todo con el general Bazaine, que representa la política de Napoleón III y por eso llamó de primer ministro á D. Fernando Ramírez que es liberal; y está llamando de preferencia para los puestos públicos á los liberales.

—¿Pues no dicen que un tal Eloin es el que hace y deshace?

—En efecto, el secretario Eloin es el que está constantemente cerca de SS. MM., siendo sin disputa el personaje de más influencia; pero siempre subordinado á los franceses.

El diputado y el periodista cambiaron una mirada que comprendió muy bien Aurora porque se sonrió con ello y el chambelán que por su parte estaba dando informes á regaña dientes, agregó luego:

—Estoy consiguiendo una tarjeta de introducción para que lleven ustedes á la señorita Aurora á la primera fiesta que haya en palacio. De seguro que ena-

morará á la Emperatriz Carlota y tal vez la nombre su dama de honor.

—O á mí, dijo Doña Asunción.

Todos se rieron de la ocurrencia, excepto Aurora que protestó contra su presentación en Palacio; pero casi en esos momentos entraron los criados con el té y las galletas, hubo un movimiento general en la sala del cual se aprovechó el chambelán para desliz algunas palabras al oído de Aurora. Esta se puso muy colorada y contestó con la voz temblorosa:

—¡Oh! Genaro, es usted demasiado atrevido.

—Usted lo pensará, Aurora, y me resolverá en otra vez: no me corre prisa.

A las once en punto se disolvió la reunión.

